

El giro continuó y N., bañado en un sudor frío, oyó la voz antipática que explicaba:

—Con esta torsión, completaremos nuestras observaciones sobre la resistencia del cuerpo a las tres acciones principales, puesto que, anteriormente, hemos ensayado la tensión y la compresión. Como habrán podido comprobar, la estructura interna de las fibras es de gran importancia. Fácilmente vemos que los cuerpos granulados, contruidos por mera fundición, son de características notablemente inferiores a los estriados, es decir, a aquellos cuya moléculas se hallan ordenadas en sentido longitudinal, gracias a un proceso de cristalización que se puede conseguir por un forjado a altas temperaturas y un temple, posterior, de la materia. El examen microscópico lo hace bien patente, así como nos demuestra que las pequeñas impurezas, gránulos de materia extraña no eliminados en la forja, son focos de rotura y que, de ellos, parten, estelarmente, las grietas de fraccionamiento. Los fenómenos secundarios los iremos estudiando, a medida que se presenten, mientras acentuamos la acción.

El movimiento de la rueda prosiguió implacable y los tendones comenzaron a romperse, mientras los huesos crujían próximos a saltar en pedazos. N. se sentía como una madeja terriblemente retorcida pero, la propia intensidad de su sufrimiento, le impidió desmayarse. Sus alaridos se habían convertido en un ronco jadear, pues, la torsión de su cuerpo, ya casi no le permitía respirar, y esto, provocó de nuevo la espantosa hilaridad. Después vino el comentario.

—Si no perdieras tanto tiempo leyendo o escribiendo...

—¡Véte a la m...! —gritó en un estertor.

Se oyó un seco chasquido y el cuerpo de N. quedó quebrado. Entonces la voz antipática dijo:

—Les mostraré su estructura interna.

De la altísima cúpula bajó una cuchilla brillante que, en rápido movimiento centelleante, rasgó el pecho de N. Una mano hurgó entre sus costillas y sacó el corazón al aire. La voz explicó:

—Como ven, se trata sólo de una bomba imperfecta. Funciona así.

La mano estrujó poderosamente la víscera y N. vió rayos azules y relámpagos escarlata, mientras a su boca subía un gran golpe de sangre. De pronto, dejó de sentir.

Sobre vino un silencio tenso, petrificado, que sobrecogió al tiempo durante unos segundos eternos. Al fin, fué roto por la voz, más vibrante y antipática que nunca.

—Señores, el experimento ha terminado.